

La guerra entre los indígenas del área amazónica I (Aproximación sociológica a la guerra primitiva)

CARLOS SIXIREI PAREDES

Univ. Vigo

La guerra es un fenómeno humano y un fenómeno social hasta el punto de que para muchos estudiosos se trata de un fenómeno inevitable. Así lo expresaba, hace algo más de cien años, un español, coronel de ingenieros, al comenzar el artículo GUERRA de una obra de su autoría tan valiosa como injustamente olvidada¹: "Si se acepta con el inglés Hobbes y el francés Proudhon que la guerra es el estado primordial del género humano; o con el español Villamartín, que no es un hecho social sino natural, una condición fisiológica del hombre; o, en fin, que el estado de paz es un simple armisticio, un período entre dos guerras, inútiles parecen, por lo cándidos, los esfuerzos para evitarla o suprimirla".

Basándonos en los testimonios arqueológicos más antiguos así como en los etno-antropológicos, la guerra se nos presenta como un hecho social en el sentido de ser una institución incorporada a las sociedades constituidas. En relación con este hecho, nos recuerda el viejo Montesquieu que "la asociación humana no podría ser un producto de la guerra porque ésta presupone por su propia naturaleza, la existencia de la sociedad"².

Una tal manera de entender la guerra implica la delimitación del hecho en sí para su observación y explicación. Los problemas concernientes a su origen, integración, función y evolución dejan de ser concebidos en abstracto para ser definidos e interpretados concretamente en relación a tipos sociales determinados. En definitiva, que cada sociedad tiene su propia guerra, es decir, su propia manera de concebirla, originarla, interpretarla y darle remate. En consecuencia, para poder llegar a un conocimiento simultáneamente sintético y positivo de la cuestión, hay que recurrir al método comparativo. Nos valdremos para ello, en el caso que aquí nos ocupa, de los estudios realizados en torno a diversas comunidades indígenas brasileiras, en concreto los Tupinambá, Tapirapé, Kamayurá, Jurí, Tacú, Tupís, Chacobos, Sirionó y Juruna, debidos a la pluma de ilustres antropólogos como Florestán Fernandes, Egon Schaden, Renata Vertier, Alcioniello Bruzzi, Roberto Cardoso de Oliveira, Benjamín Torrico Prado, Adalberto Heide, Arturo Urquidi y Herbert Baldus, además de las propias observaciones hechas por el autor de este artículo entre los Xavantes del Xingú y los Bororos de San Lorenzo.

Por supuesto lo primero que se necesita para hacer una guerra es contar con medios materiales para ella, en otras palabras, iniciaremos el estudio por la tecnología guerrera. Pero este análisis, implicará la consideración de ciertos problemas que son usualmente excluidos de las preocupaciones de aquellos estudiosos de las ciencias sociales que investigan fenómenos de esta naturaleza. Al menos tales problemas estaban ausentes en los trabajos que consultamos. De este modo contemplamos los aspectos tecnológicos de la guerra primitiva desde dos puntos de vista: por una parte, su reconstrucción histórica, por otra la explicación de la técnica como fenómeno social.

Referente al primer punto de vista y en virtud de los conocimientos que poseemos sobre las formas de adaptación de los indios brasileiros al medio natural circundante sabemos que la guerra desempeñaba un papel relevante en la estrategia tribal de la "lucha por la vida", lo que a su vez se traducía en "la intensificación de los lazos de solidaridad intergrupal y tribal"³.

¹ Nos referimos al "Diccionario Militar" de D. José Almirante, publicado en Madrid en 1869 en la Imprenta y litografía del Depósito de Guerra.

² Charles Louis de Secondat, barón de Montesquieu: "De l'Esprit de Lois".

³ Florestán Fernandes: "A organização social dos Tupinambá". Difusão Européia do Livro, São Paulo, 1963.

En cuanto al segundo y como subraya Mannheim, la palabra "técnica" no se aplica solamente a "objetos tangibles" sino también a "las relaciones sociales y al propio hombre"⁴. Esta manera de encarar la técnica supone una ampliación en la manipulación tradicional del concepto. Por eso hoy la mayoría de los especialistas designan con este nombre de técnica o con la expresión "sistema tecnológico" al conjunto de procesos operativos y de conocimientos técnicos incorporados al equipamiento adaptativo de las sociedades humanas.

Y entramos ya en el análisis de los elementos materiales de la guerra.

Las armas

Son los artefactos por cuyo intermedio los grupos de guerreros antagónicos en lucha deciden de hecho el "curso militar" de la guerra. Por eso, aunque "guerra" e "instrumentos de guerra" sean distintos, es imposible comprender claramente la primera sin conocer de modo preciso el arsenal de los combatientes. Gracias a las investigaciones etnográficas de Alfred Métraux y Egon Schaden los artefactos guerreros de los indios del Brasil nos son perfectamente conocidos⁵. Nos limitaremos en consecuencia a transcribir las descripciones que nos proporcionan ambos autores completándolas cuando sea necesario con nuestras propias observaciones y las de otros autores que han estudiado este aspecto entre algunas tribus concretas.

Como observa Marcel Mauss⁶ "las armas pueden ser estudiadas formando parte de una industria general con usos especiales". Por eso es mejor distinguirlas de acuerdo con la función que le es atribuida. Siguiendo pues a Métraux clasificaremos el arsenal bélico indígena en:

- Armas de tiro.
- Armas de choque.
- Armas de Protección.
- Accesorios del equipo guerrero.

Armas de tiro:

Las armas de tiro por excelencia son el arco y las flechas utilizados en combate a distancia. En general los arcos son de gran tamaño variando entre 1'5 m. usados por Jurís, Tacús y Tapirapés y 2 m. entre Xavantes, Kamayurás y Tupís. Están tallados en una madera negra extremadamente dura, llamada tucum, aunque no se excluyen otras clases. Su técnica de fabricación no es sencilla; describiremos como prototipo la empleada por los Bororo. El primer paso consiste en retirar de la planta escogida una tira de madera exenta de defectos, reducida al tamaño y anchura deseadas con una lasca de piedra, luego se alisa con conchas de caracol y arenisca mojada en agua y finalmente es pulida con un tipo de hojas de superficie muy áspera y que en Bororo reciben el nombre de MANAERU. Una vez preparada la madera del arco cuya sección es triangular se le coloca la cuerda hecha con fibras de palmera burutí o bien del mismo tucum; estas fibras se enlazan sobre el muslo con la palma de la mano en movimientos de arriba para abajo. Para evitar que la cuerda se deslice hacia el centro del arco se clavan en las extremidades de éste dos dientes de 10 cms. Enrollada en la parte superior del arco, un poco encima de la mitad, hay también una buena reserva de cuerda que es la continuación de la porción extendida entre los dos extremos y que sirve para sustituirla en caso de rotura. En descanso, el arco tiene la cuerda aflojada e incluso retirada de

⁴ Karl Mannheim: "Libertad y Planificación Social", FCE, México, 1946. Algunos autores modernos son sin embargo contrarios a dar un sentido tan amplio al término "técnica", así A. Espinas, Georges Gurtvich o André Leroi-Gourhan.

⁵ Alfred Métraux: "A civilização material de Tribus Tupí-guaraní". Livrería Pioneira Editora, São Paulo, 1973, Egon Schaden: "A cultura Indígena", Livrería Pioneira, Ed. São Paulo, 1969.

⁶ Marcel Mauss: "Introducción a la Etnografía". Ed. Istmo, Madrid, 1970.

la extremidad inferior. Es empuñado, al usarse, con la mano izquierda que lo aprieta juntamente con un pequeño haz de flechas. La mano derecha con el pulgar y el índice mantienen la base de la flecha contra la cuerda que es tendida por el medio y el anular. El disparo, además de una considerable fuerza muscular, exige perfecta firmeza de pulso. El conjunto de modalidades del buen arquero es adquirido por el diario ejercicio comenzado desde los primeros años de la infancia.

Por lo que se refiere a las flechas, éstas varían también de tamaño según la utilización a que están destinadas, su punta es de material muy diverso. Métraux distingue cuatro tipos: Madera arponada, madera de tacuara lisa, huesos de peces y dientes de animales. Por testimonios históricos sabemos también del uso de la piedra, y en tiempos muy recientes, por contactos con los blancos, del hierro. En el extremo opuesto se añaden plumas direccionales atadas con hilo de algodón.

Está perfectamente documentado el uso de flechas incendiarias y Florestán Fernandes habla incluso de gases nocivos (humo de pimienta) basándose en las investigaciones de Nordenskiöld⁷. En cambio la costumbre de envenenar los dardos es desconocida en general salvo entre los Tapirapé⁸ que utilizan el curare y las tribus de Uaupés⁹ (Jurís, Tacús, Jurunas y Chacobos). Estas mismas tribus son las únicas de las aquí estudiadas que utilizan también la cerbatana, caña de palmera de hasta 4 m. de longitud y 4 cm. de diámetro, utilizada para arrojar pequeños dardos generalmente envenenados.

Armas de choque:

La principal arma de choque de los indios brasileiros es la maza empleada en los combates cuerpo a cuerpo y en los sacrificios rituales; su longitud, según Métraux, alcanza 8 palmos. Se fabrican en madera dura de color rojo o negro y en su extremo inferior se adorna con plumas de colores cuya combinación depende del clan al que pertenezca su poseedor. Aunque existen diferentes tipos según las tribus, el género del instrumento es común a todas. La habilidad de los indios en el manejo de estas mazas es reconocida con admiración por los cronistas y viajeros de la época colonial. Jean de Léry, el viajero hugonote que visita Brasil en el s. XVI dice de los Tupinambá que "son tan hábiles como valientes en el manejo de las mazas, y lo son hasta tal punto que dos de nuestros más diestros espadachines tendrían dificultad en haberse con un indio combatiendo cuerpo a cuerpo"¹⁰.

Armas de protección:

Dos eran las conocidas y empleadas: El escudo y las empalizadas de madera. El cosmógrafo del rey de Francia, Fray André Thevet en su obra publicada en París en 1575 bajo el título de "Les Singularitez de la France Antarctique" dice hablando de los Tupís: "La tercera pieza del armamento es el escudo que usan los indios en la guerra. Es muy grande y hecho de pieles de un animal cuyo color es igual al de las vacas aunque diverso en su tamaño".

Alfred Métraux de quien tomamos la cita anterior nos amplía la información:

"Como armas defensivas, los Tupí-guaraníes poseen escudos redondos, generalmente de cuero de tapir, madera ligera o corteza de árboles. Estos escudos están comúnmente pintados de varios colores y

⁷ Florestán Fernandes, O. C.

⁸ Herbert Baldus: "Tapirapé, Tribo Tupí no Brasil Central". Companhia Editora Nacional. São Paulo, 1970.

⁹ Alcionílio Bruzzi: "A civilização indígena do Uaupés", Centro de Pesquisas de Ipanema, Rio Negro, 1962.

¹⁰ Jean de Léry: "Voyage a la Terre du Brasil". La cita está recogida en la obra de Alfred Métraux anteriormente citada. No es Léry el único que se siente admirado por la habilidad indígena para hacer frente con sus rudimentarias armas al acero bien templado de los colonizadores europeos. Brandão, Gabriel Soares, Fernão Cardin, Joseph de Anchieta, entre otros, corroboran y amplían las observaciones del aventurero francés.

guarnecidos con plumas brillantes. De la protección efectiva que ofrecían nos da cuenta el propio Thevet: "Esos escudos son tan fuertes y sólidos como los barceloneses, de modo que resisten a un tiro de arcabuz y consecuentemente a las armas menos poderosas".

Florestán Fernandes reconstruye dos tipos de empalizadas indígenas: las empleadas durante el ataque a grupos locales de enemigos y las construidas como medio de defensa de sus propios grupos locales. En cuanto a las primeras escribe:

"Cuando los Tupinambá asediaban una aldea, construían muy cerca de ella un muro con ramas de árboles y zarzas de este modo se quedaban al abrigo de las flechas enemigas".

El segundo tipo de fortificación nos lo describe así:

"Las aldeas Tupinambá estaban protegidas contra cualquier agresión por una empalizada doble. La cerca exterior estaba formada por gruesas estacas puntiagudas clavadas en el suelo a cierta distancia unas de otras pero a intervalos suficientemente próximos para impedir que alguien se introdujese entre ellas. La segunda cerca se levantaba 20 ó 30 palmos detrás de la primera; se componía de troncos de palmera hendidos, puestos de manera compacta para no dejar ninguna abertura con excepción de estrechas saeteras para los flecheros. Este muro formaba ángulos entrantes y salientes que permitían atacar al enemigo desde los flancos. Su altura era de 3 m. aproximadamente"¹¹.

Toda una demostración de conocimientos estratégicos que dejaría pasmado al mismo Vauban.

Accesorios del equipo guerrero:

La actividad militar no se cifra exclusivamente en el dominio y posesión de una técnica más o menos efectiva. Además tiene su folclore: hay otros elementos que se incorporan a la vida del guerrero cuando éste pone en manifiesto sus cualidades de luchador. Las insignias, los instrumentos musicales asociados a finalidades bélicas, algunos procesos mágicos y la utilización de trofeos son elementos vinculados de tal modo al quehacer de los guerreros que es imposible negarles una función de orden instrumental. La escasez de información nos impide vislumbrar la existencia de una correlación entre los adornos masculinos y el comportamiento de los guerreros ante los enemigos. Pero poseemos hoy un testimonio etnográfico de primera mano para hacernos idea de lo que debía ser el aspecto de los guerreros en tales lances. Este testimonio es el ceremonial de la caza. El empleo de ritos mágicos, pinturas protectoras, danzas de invocación y conjuro en plena vigencia hoy en día, nos ilustra, aunque de manera indirecta, sobre su uso con fines bélicos. Y los testimonios históricos hablan y no paran del valor personal y los poderes carismáticos de que estaban dotados los indios revestidos de sus pinturas y sus adornos.

La función bélica del tambor es reconocida desde la época del descubrimiento. El cronista portugués Gabriel Soares de Sousa se refiere a él como "un accesorio indispensable en toda expedición militar"¹². Y no era éste el único instrumento para músicas bélicas, dice el ya mencionado Léry: "...Otros tocan pífanos y flautas hechas de los huesos enemigos devorados y no cesan de tocar durante la lucha incitando al bando guerrero a matar y devorar a sus adversarios".

¹¹ Florestán Fernandes. O. C. El autor utiliza como fuente de información las relaciones de época colonial. En la actualidad no se usa el primer tipo de fortificación, aunque su utilización está documentada por testimonios de viajeros y antropólogos hasta comienzos de este siglo. En cuanto a la segunda su empleo es perfectamente normal en el momento presente, nosotros mismos tuvimos ocasión de comprobarlo durante nuestra estancia entre los indios Xavante. Con pequeñas variantes también las emplean otras tribus de áreas amazónicas no brasileiras, así entre los pacaguarás y los Ayoreos de Bolivia según atestigua Benjamín Torrico Prado en su obra "Indígenas en el corazón de América". Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1971. El Profesor Josué Callander dos Reis, antropólogo de la Pontificia Universidad Católica de Sao Paulo, tuvo la amabilidad de informarnos de la extensión de los cercados defensivos entre tribus no amazónicas, como los Catuquinarí del Sur del Mato Grosso. Por supuesto, la finalidad de estas construcciones en la actualidad es la defensa contra animales salvajes.

¹² Gabriel Soares de Souza: "Tratado Descritivo do Brasil", Publicado en 1587 en Lisboa y reeditado por la Companhia Editora Nacional en São Paulo, 1938.

Los dientes y las calaveras de los enemigos capturados se utilizaban como trofeos. Aún hoy estas prácticas están en plena vigencia si bien aplicadas a la caza. Durante el año 1973, hubo problemas entre los Xavantes de Río das Mortes y los colonos blancos de la zona por la posesión de determinadas tierras. El gobierno de Brasilia tuvo que intervenir enérgicamente para evitar derramamientos de sangre. Los indios sin embargo ya habían hecho sonar los ancestrales sonos de sus marchas guerreras y los chamanes pintaron con urucú los rostros de los jóvenes guerreros para darles valor en un combate que, afortunadamente, no tuvo lugar¹³.

Organización de las Expediciones y Actividades guerreras

El estudio de las expediciones bélicas pone en evidencia cómo los indios canalizaban socialmente las energías y las habilidades personales de los guerreros y de sus colaboradores compensando por medio de técnicas sociales de ordenación de sus actividades el alcance limitado del arsenal bélico.

Este hecho comporta dos tipos de problemática. En primer lugar, es preciso considerar cómo el sistema "militar" indígena se integraba en el sistema organizativo tribal. En segundo lugar, es necesario analizar la estructura y el funcionamiento del segmento social guerrero en el conjunto de la sociedad india.

Como sabemos, en ninguna situación la guerra constituye un fin en sí misma. En palabras de R. H. Lowie "los fines de la guerra son determinados socialmente, cada sociedad posee patrones éticos propios de relaciones con extraños, nacidos y desarrollados en función de condiciones reales de existencia social a los cuales se vinculan los ideales colectivos de guerra y de paz"¹⁴. Ya Platón puso en evidencia la conexión existente entre las formas de estratificación social y la aparición de un grupo permanente de guerreros¹⁵. Ahora bien, esta comunidad de guerreros lo mismo puede representar un orden social cerrado como un orden social abierto. Esto nos demuestra la conveniencia teórica de considerar el sistema "militar" como una esfera dependiente de la sociedad. A propósito de la segunda cuestión planteada. Si los objetivos sociales de la guerra determinan de hecho la extensión y el carácter de las asociaciones de guerreros, éstas deben reflejar en su organización las consecuencias de semejante vinculación en cada situación particular enfrentada por sus miembros. Las actividades de los componentes de guerreros se configuran y desenvuelven en torno a las "relaciones reales" que articulan mutuamente a las sociedades humanas. Precisamos ahora saber cómo se constituyen y operan estos "órganos" responsables de la defensa de nuestras sociedades a estudio.

Dice la investigadora brasileira R. B. Vertier: "Las relaciones entre grupos locales de indios, fuera cual fuese su tribu de pertenencia, si no estaban ligadas entre sí por lazos de parentesco o de alianza sacralizada, eran relaciones de hostilidad"¹⁶. La documentación disponible pone en evidencia que los aborígenes vivían en un estado de guerra crónico. En los territorios fronterizos de las tribus las luchas eran continuadas. En las acciones bélicas la regla de oro puede ser formulada así: "En ninguna circunstancia favorable se debe permitir que un enemigo conserve la vida o la libertad personal". Sabemos que los indios en general, aunque unos más que otros, prestaban gran atención al comportamiento de los animales y que procuraban reproducirlos incorporándolos a su estrategia guerrera. Hay por tanto una adaptación al medio

¹³ Todos los periódicos de Brasil informaron ampliamente sobre la llamada "guerra dos posseiros", término con que se bautizó al conjunto de escaramuzas habidas entre los indios y blancos antes de la intervención gubernamental. Son especialmente interesantes las crónicas que durante los meses de Septiembre y Octubre de ese año, aparecieron en los diarios paulistas "O Estado de São Paulo" y "Jornal da Tarde".

¹⁴ R. H. Lowie: "Introducción a la Antropología Cultural", Eudeba, Buenos Aires, 1971.

¹⁵ Platón: "La República o el Estado", Ed. Espasa-Calpe, Col. Austral, Madrid, 1951.

¹⁶ Renate Brigitte Vertier: "Os KAMAYURA do Alto Xingú". Instituto de Estudos Brasileiros, São Paulo, 1969.

natural y tal vez una transferencia de conocimientos del cazador al guerrero, aspecto éste largamente estudiado por Marshall Sahlins¹⁷. Pero es probable que también ocurriese a la inversa, así que no podemos dar por supuesto que el cazador fue el maestro o el embrión del guerrero. En realidad, ambas cualidades coexisten entre los indígenas adultos. En cualquier caso esto no nos lleva a explicar los orígenes del fenómeno guerrero en el sistema organizativo tribal, y decimos que no nos lleva porque tal vez en última instancia acabásemos por explicar los orígenes de la guerra primitiva desde un "plano animal" (la búsqueda de carne humana, por ejemplo, para aprovisionarse de comida tal y como defiende J. Novicow). Y esta explicación "fisiológica" es, a todas luces, insuficiente.

Las causas que apuntan los autores del período colonial, no son uniformes. De acuerdo con el énfasis que ponen en ciertos aspectos de la guerra se pueden distinguir estas "teorías" elaboradas por los cronistas:

a) La guerra como disputa del territorio. Según Cardoso de Oliveira, sólo un autor se refiere a este aspecto al tratar de los aborígenes que vivían en el Amazonas¹⁸.

b) El pillaje como actividad guerrera.

c) La guerra y el canibalismo. Una gran cantidad de autores subrayan que la guerra tenía como propósito el aprisionamiento de enemigos para proveerse de carne. Sin embargo, no pasó desapercibido el significado ritual de estas actividades.

d) La guerra como forma de venganza. Esta es la explicación encontrada por la mayoría de los cronistas.

La mayor parte de las causas apuntan a explicar el origen de la guerra en el contexto de las necesidades vitales de cada comunidad tribal. Pero incluso en la cuarta causa propuesta, la venganza de sangre, habría que ver si en su determinación intervienen otras variables ligadas a las formas tribales de adaptación al medio natural circundante. La contestación a este interrogante nos llevaría a estudiar todo el sistema económico indígena. Es evidente también el papel desempeñado por la guerra en la conquista de nuevas posiciones en la biosfera de las tribus. Desde el S. XVI tenemos montañas de testimonios sobre ocupación del territorio de unas tribus por otras y del exterminio de comunidades indígenas en manos de sus vecinos. Los Tupinambá, por ejemplo, se posesionaron de los fértiles territorios del litoral de Bahía, desalojando de allí a los Tupirá, anteriormente había hecho lo mismo con los Tapuía. A su vez los Xavante destrozaron las aldeas de los Mateiros y luego tuvieron que emigrar por la presión de los Caiapós y así sucesivamente¹⁹.

Algunas fuentes decimonónicas insinúan que la guerra contribuía a mantener el equilibrio bio-ecológico incluso a través de la regulación restrictiva del crecimiento de la población. Carecemos de datos suficientes para poder sostener esta teoría, que sin embargo debe tomarse en una cierta consideración al menos para la explicación de casos concretos.

El ciclo de la guerra en la sociedad Tupí, por ejemplo, estaba dotado de ritmo regular. Los ritos establecían con precisión lo que los individuos debían hacer en el curso de los acontecimientos y situaciones sociales que se desarrollasen entre la determinación del ataque y la consumación del sacrificio de los ene-

¹⁷ Marshall Sahlins: "Sociedades Tribais", Zahar Ed. Rio de Janeiro, 1970.

¹⁸ Roberto Cardoso de Oliveira: "A sociologia do Brasil Indígena". Tempo Brasileiro, Rio de Janeiro, 1972 se refiere el autor a la obra de Cristóbal de Carvajal: "Descubrimiento del Rio de las Amazonas".

¹⁹ Florestán Fernandes: O. C.

migos aprisionados. Todo este complejo ritual estaba orgánicamente integrado e interrelacionado. Según Alfred Métraux, se puede sistematizar el conjunto en cuatro grupos: ritos relativos a la declaración de guerra, ritos preparatorios de las acciones bélicas, ritos observados durante las incursiones y ritos de tratamiento del enemigo. Para la declaración de guerra se reunían a la noche "los más nobles en el patio, en medio de las chozas" como cuenta el cronista²⁰. Las descripciones de viajeros y estudiosos nos permiten reconstruir las principales fases de estas reuniones. Parece que el asunto a ser debatido era propuesto por uno de los jefes tribales y cabía exclusivamente a los "ancianos" manifestarse sobre el mismo en riguroso turno. Los "ancianos" eran en este caso "los que en su tiempo se mostraron valientes en la guerra" como explica el ya citado Gabriel Soares de Sousa. Durante la reunión se procedía a la fumata colectiva de tabaco y hierbas aromáticas, acción que encerraba un carácter sacral. El lugar de reunión (anteriormente hablamos del "patio en medio de las chozas", siguiendo a Stadem) varía para las diversas tribus. Bororos, Jurís, Karajás, entre otros, tienen para las asambleas una choza especial situada en uno de los extremos de la aldea; todas las tribus que componen el amplio espectro cultural tupí-guaraní, las realizan en el centro de la aldea, un terreno sagrado que recibe entre los Xavantes el nombre de WARA.

Así que se llegaba a una resolución (elección del enemigo a atacar y época del ataque) se comunicaba al chamán encargado del veredicto final. Este personaje varía enormemente de unas tribus a otras, a veces incluso es sustituido por el jefe de la aldea como entre los Bororo. Después de esto, la resolución era transmitida a todos los miembros del grupo local, o de los grupos locales solidarios si fuese una expedición guerrera de mayor envergadura, para que se aprestasen para la guerra.

Comenzaban entonces los ritos de preparación, distinguiéndose claramente entre ellos los ritos que regulaban la acumulación de material de guerra y de alimentos y los que se referían a la excitación síquica de los guerreros. Tan pronto como era del dominio público el acuerdo de guerrear, las mujeres de la tribu se ponían a producir en abundancia lo que Gabriel Soares llama "harina de guerra", es decir, harina de mandioca y raíces mezclada con trozos de peces y aves asadas. Simultáneamente los hombres preparaban el equipo militar: flechas, arcos, mazas, adornos plumarios, etc.

La preparación material no impedía la observación de ritos por intermedio de los que buscaban asegurarse una "superioridad" decisiva en relación a los enemigos que iban a atacar. Estos ritos eran de dos clases. Por una parte, aquéllos en que los "jefes" o "ancianos" se dirigían a los demás componentes del bando guerrero estimulándolos a la venganza de los Ancestros y a la aspiración de un comportamiento heroico. Por otra, los ritos en que los chamanes se comunicaban con los espíritus de los antepasados e invocaban su manifestación para verificar si les eran favorables.

Durante la expedición, los rituales al uso tendían a mantener y aumentar el espíritu de hostilidad. El cuarto grupo de ritos referidos al tratamiento del enemigo, es muy vario. Suponen en primer lugar el aprisionamiento del enemigo, luego la integración transitoria o definitiva de los prisioneros en el seno de los grupos locales a que perteneciesen los vencedores y por último el sacrificio ritual del prisionero seguido de una ceremonia antropofágica en el caso de llegar a este extremo.

De todo esto sacamos en conclusión que la guerra seguía un curso estrictamente determinado, gracias a los mecanismos sociales del sistema organizativo tribal, las situaciones sociales enfrentadas y los valores sociales exigidos se repetían en conexión y con extrema regularidad. Tanto el comportamiento individual como el colectivo estaban de antemano prescritos. En un sentido amplio el conjunto ritual tenía las siguientes funciones:

- 1) Coordinar las reacciones contra el enemigo y aplicarlas en una dirección determinada.
- 2) Ajustar el estado de tensión emocional de los individuos a los móviles "militares" de la expedición guerrera.

²⁰ El cronista en cuestión es el alemán Hans Staden que llegó a Brasil en el S. XVI y escribió una obra titulada "Dos Viajes al Brasil", la cita y el autor están recogidos por Egon Schaden. O. C.

- 3) Intensificar los lazos de solidaridad entre el grupo.
- 4) Actualizar resentimientos y rencores.
- 5) Conseguir seres humanos para inmolar a los espíritus de los ancestros.

Hemos ya visto que la elección de los enemigos a ser atacados se procesaba socialmente. Esta forma peculiar de definición social del "objetivo militar" supone otro problema y es que necesitamos verificar si la manera tribal de determinación del objetivo "militar" se reflejaba directamente en la realización de las incursiones guerreras. Nos parece evidente que si debido a que tanto el alcance como las proporciones de las incursiones militares se ligan directamente a la definición social de ese objetivo. Toda la organización del bando guerrero reposaba técnicamente, de hecho, en el conocimiento de objetivo "militar". Tres elementos básicos estaban a él subordinados: la distancia a ser recorrida, la duración de la expedición y la composición del bando guerrero. Todos ellos se relacionaban íntimamente aunque a su vez dependían de otros factores de naturaleza cultural y social. Por lo que se refiere al primer elemento, sabemos por los cronistas que las distancias que recorrían los bandos guerreros podían llegar a ser relativamente grandes. Ello planteaba la cuestión de los equipamientos en primerísimo plano. Los indios poseen amplios conocimientos del medio externo, estos conocimientos eran vitales para sobrevivir en expediciones que se prolongaban en ocasiones cuatro y cinco meses. La locomoción descansaba en los propios recursos del organismo humano. Ante un río todas las tribus Tupí hacían uso de canoas cuya construcción conocen, pero, este conocimiento no es general; los Kamayurá y las tribus del Uaupés utilizan almadías bastante toscas y Xavantes y Bororos no conocen en absoluto tal medio de locomoción, lo que compensan siendo excelentes nadadores; el conocimiento de instrumentos de flotación más o menos rudimentarios vuelve a ser poseído por las tribus de las fronteras boliviana y peruana: Sirionós, Ayoreos, Chacobos, etc.²¹. La naturaleza brindaba los aprovisionamientos aunque los guerreros llevaran harinas y carnes secas en ciertas cantidades.

La penetración en los territorios ocupados por tribus enemigas traía consigo un serio riesgo: el bando atacante podía ser sorprendido. Evitar el acorralamiento en un área territorial dominada por un grupo hostil y a donde no podían llegar refuerzos en caso de apuro, fue uno de los grandes principios estratégicos indígenas.

La duración de la incursión dependía de una serie de factores: Por una parte los vinculados a la morfología de los grupos locales (por ejemplo, el número de guerreros que se debía ausentar, la existencia de más de un jefe, las condiciones de defensa del resto de la comunidad, etc.), por otra las conexiones existentes entre las necesidades de subsistencia del grupo guerrero y el ciclo ecológico estacional, finalmente también se deben considerar las condiciones de choque armado con el enemigo.

Entre los indios estudiados la guerra era una actividad estrictamente masculina, y eran los parientes masculinos los que estaban en primer lugar obligados a responder a la muerte de un familiar por los enemigos. Pero no todos los hombres que participaban en las expediciones tenían status de guerrero, sobre todo si la campaña se dirigía contra grupos muy próximos. Esta circunstancia era, al parecer, frecuentísima entre los Tupinambá, Tupiguara y demás grupos de la rama tupí. La edad de entrada en el grupo guerrero dependía de la edad que tenía el joven en el momento de ser aceptado como miembro de pleno derecho de su tribu. Y esto podía ocurrir entre los 16 y los 25 años. La marcha de la expedición estaba sujeta a ciertas reglas estratégicas, efectuada en una sola fila, la presencia del grupo debía pasar inadvertida al enemigo. Se procuraba además que la última etapa del camino fuera recorrida de noche y, para garantizar la sorpresa, atacar de madrugada. Las fuentes que consultamos para describir el choque armado, no son desgraciadamente tan ricas como deseáramos. Contienen sin embargo, algunos datos utilizables. Y

²¹ Aunque las obras de donde proceden algunos de estos datos no son estrictamente etnográficas, proporcionan sin embargo noticias interesantes sobre cultura material indígena. Destacamos aquí Arturo Urquidí: "Las Comunidades indígenas en Bolivia", Ed. Los Amigos del Libro, Cochabamba, 1970, Raul Galdo Pagaza: "Economía de las colectividades indígenas primitivas", Ministerio de Educación, La Paz, 1971 y Roberto Mac-lean: "Sociología del Perú", UNAM, México, 1974.

es a partir de ellos cómo podemos comprobar que la "táctica" para combatir se ajustaba a tres situaciones concretas:

- a) El ataque de bandas guerreras a grupos locales circunvecinos o a sus miembros cogidos de sorpresa.
- b) El ataque a grupos locales enemigos situados en lugares lejanos lo que suponía movilizar formaciones guerreras más amplias en donde, a veces, se integraban elementos de tribus aliadas.
- c) Los ataques a grupos locales que oponían barreras a las tribus en migración.

Además aún hay que considerar los "combates singulares" a cuyo respecto la documentación es todavía más escasa. Tales combates se originaban por encuentros causales entre individuos pertenecientes a comunidades hostiles.

Las proporciones del choque armado dependían, naturalmente, de los medios de defensa del grupo local atacado. No todos los grupos locales poseían empalizadas como las que describimos anteriormente. Según las informaciones históricas y etnográficas el complejo defensivo sólo se levantaba en torno a las chozas de aquellas comunidades situadas en áreas fronterizas y sujetas a incursiones enemigas. Por supuesto, el ataque a aldeas desprovistas de fortificaciones o con cercados elementales, pensados más para defensa de animales que de hombres, constituía una empresa guerrera más fácil, pero a su vez implicaba mayores riesgos de contra-ataque durante la marcha de retorno. La ferocidad del asalto que no excusaba sexos ni edades, nos es descrita con atroz minuciosidad por el cronista portugués Gabriel Soares quien escribe: "Cuando los atacantes logran penetrar en la aldea no perdonan grandes ni pequeños, luego, los vencedores antes de retirarse ponen fuego a todas las chozas. A los prisioneros, hombres, mujeres y niños, los conducen a sus aldeas donde son ejecutados, trozeados y finalmente devorados".

Los combates también se realizaban a campo abierto. Presentándose dos situaciones: Cuando el grupo atacante era repentinamente sorprendido en el viaje de regreso por fuerzas enemigas y cuando el grupo a ser atacado descubría la inminencia del ataque y no disponía de medios para fortificarse. Jean de Léry fue testigo de un combate en descampado entre Maratajás y Tupiguaras; no nos resistimos a transcribir su descripción, auténtica secuencia cinematográfica en su detallismo: "Luego que nuestros indios (los Tupiguara) avistaron al enemigo, a casi un cuarto de legua de distancia, comenzaron a gritar y tan alto lo hacían que en ese momento no podríamos oír un trueno si sonase. A medida que se acercaban redoblaban el griterío, sonaban las flautas y los tambores, levantando los adversarios los brazos en señal de amenaza y mostrándose mutuamente los huesos de los prisioneros que habían comido y los collares de dientes de más de dos brazadas de largo que algunos traían en torno al cuello, y el espectáculo de esta gente era horrible. Al enfrentarse sin embargo fue peor todavía. A 300 pasos se saludaron unos a otros a flechazos y desde el comienzo del combate volaron las saetas como moscas. Cuando alguno caía herido, como muchos vi, después de arrancarse valientemente las flechas del cuerpo, las rompían y como perros rabiosos las mordían los pedazos, para luego volver al combate. Estos indios son tan feroces y encarnizados en sus guerras que mientras puedan mover brazos y piernas, combaten sin retroceder ni volver la espalda. Finalmente, cuando llegaron a las manos alzaron sus mazas descargándolas con tal violencia que cuando acertaban en la cabeza de un enemigo lo derrumbaban muerto como entre nosotros los carniceros abaten a los bueyes. El combate duró casi tres horas y hubo en ambos bandos muchos muertos y heridos pero nuestros Tupiguara fueron finalmente vencedores haciendo más de 30 prisioneros que trajeron para sus aldeas"²².

La descripción de Léry y otras hechas por contemporáneos dan la idea de que en los combates entre indígenas no había el menor rastro de orden militar. Sin embargo, por lo que sabemos de los rituales guerreros se nos abre una pista a la interpretación de los principios organizativos del combate aborígen. No

²² La cita está recogida de la obra ya citada de Alfred Métraux.

existía, a lo que parece, ninguna diferencia ocupacional en el bando guerrero al llegarse al choque, las funciones de jefatura guerrera, cuando existen, ya que no todas las tribus conocen la existencia de un "conductor de hombres", no implicaban ningún tipo de especialidad "militar"; este conductor era en realidad un agente de actualización de valores colectivos, lo que no era en ningún caso era un "técnico" o un "estratega". Pero los rituales guerreros que ya describimos anteriormente y que promovían, entre otras cosas, la comunicación entre el guerrero y los espíritus de los antepasados reglamentaban individualmente el comportamiento durante la acción. A través de los ritos la idea de "orden" se imponía espontáneamente a los combatientes. La "disciplina" constituía uno de los productos directos de la conciencia social de las obligaciones personales y del ritmo colectivo que se imprimía para la satisfacción de las mismas.

Un problema difícil es el planteado en relación con el número de combatientes que participaban en las luchas. Los datos que facilitan las fuentes parecen encubrir estimativas exageradas. El ritmo demográfico del combate aborigen, subraya F. Fernández²³ se subordina estrictamente al significado que la "victoria" poseía para los contendientes. Es posible percibir ciertas fluctuaciones en cuanto al número de prisioneros y de víctimas ligadas a las condiciones mismas del combate. Así los pequeños bandos guerreros daban por acabada su misión cuando aprisionaban un enemigo como ejemplifica el mencionado Stadem. Pero en los combates de mayores proporciones las pérdidas eran más considerables, especialmente cuando la lucha se imponía como consecuencia de los movimientos migratorios. En cualquier caso los combates provocados por las incursiones contra enemigos circunvecinos terminaban generalmente con un número pequeño de oponentes. La "victoria" poseía para todas las tribus del tronco Tupí un significado muy determinado: hacer un cierto número de prisioneros inmolables a los espíritus de los ancestros. Las incursiones guerreras, con todo, constituían actividades periódicas y por restrictivos que fuesen sus efectos destructivos, tenían forzosamente que reflejarse en la demografía porque en los asaltos a los grupos locales los más afectados eran siempre los niños, los viejos y las mujeres. En conjunto parece que las guerras contribuían a mantener el equilibrio demográfico conteniendo dentro de ciertos límites el crecimiento vegetativo de las poblaciones aborígenes. Cualquiera que fuese el curso y desenlace del combate, los atacantes precisaban organizar enseguida la expedición de retorno al propio grupo local o al punto de partida del bando guerrero.

Ya vimos que el éxito del ataque no era siempre seguro, a veces los atacantes quedaban en situación desventajosa, principalmente cuando los enemigos disponían de medios defensivos seguros o estaban prevenidos al respecto del ataque. Entonces se veían obligados a pasar a la defensiva y a batirse en retirada.

La victoria se producía cuando uno de los bandos en lucha conseguía quedar en el terreno y poner en fuga al otro. Un ataque victorioso era naturalmente coronado por el retorno inmediato de los vencedores a sus grupos locales. Esta expedición de vuelta conducía a los guerreros a sus puntos de partida donde efectuaban el reparto de víctimas (muertos y prisioneros). En las incursiones de gran envergadura, los vencedores celebraban la "victoria" con una serie de rituales que contribuían a estimular la competencia bélica entre las comunidades solidarias avivando los ideales guerreros. Estos estímulos cumplían también su papel en el caso de derrota del grupo expedicionario pero en esta ocasión se dirigían de modo violento contra el enemigo. Los compañeros y parientes de las víctimas, exigían que fuesen vengados, de modo y manera que el malogro de una incursión bélica podía dar origen a otra.

²³ Cfr: Alfonso Alvarez Villar: "Psicología de los pueblos primitivos". Instituto Nacional de Psicología Aplicada y Psicotecnia, Biblioteca Nueva, Madrid, 1969.